



La etnografía como experiencia vital: conocer y compartir la noche de la ciudad

Agustina Viazzi

Pasan los años y cada vez más confirmo la experiencia vital que implica la etnografía. Una nunca puede ser sólo observadora, hay pulsos que sostienen esa mirada que pasan por lugares del cuerpo que luego, reflexiones y maceraciones mediante, una puede poner en palabras. Ir de noche a un lugar como el Parque Las Heras, en aquella época, no era algo para cualquier curiosx con la guardia baja. Conocía el parque -en algunos de sus días- y algo de ello me seducía y me hacía seguir volviendo. Creo que ello me permitió, entre otras cosas, tener las conversaciones que tuve para aquella observación. Una no va limpia de ideas y prenociones al encuentro etnográfico, una va con preguntas y pulsos particulares. Tenía experiencias previas en ese lugar, cambiar de día sólo me parece -hoy- un ejercicio de desnaturalización necesario pero jamás un simple ejercicio académico. Al etnografiar una crea pertenencias con lo que observa, cuerpo entero mediante; pero yo ya tenía afectos en aquel lugar.

Varios antes de aquella observación etnográfica, había empezado a ir allí los viernes en la noche: de hecho, la primera vez que salí en búsqueda del Parque no lo encontré. Crecí en territorios donde los parques son grandes jardines planificados y muy verdes, alejados de las inseguridades que despiertan los espacios públicos en la noche. Y lo cierto es que la configuración de Las Heras no era nada parecida a las de mis referencias: pocas plantas, mucha suciedad, y poblaciones humanas y no-humanas que se alejaban de las postales turísticas hegemónicas. Tantos años después, puedo notar cómo el Parque Las Heras aún es parte constitutiva de la década que viví en la Ciudad de Córdoba. Siempre dije, entre chistes, que hice la carrera de Antropología al día y completa gracias a esos viernes a donde llegaba a ese lugar oscuro y lleno de matices turbulentos. El parque era de esos lugares “tierra de nadie” para muchxs, pero que tenía sus propios códigos; los matices eran percibidos sólo por aquellxs que encontraban en la luz amarillenta y baja de sus luminarias un lugar donde permanecer. Dudo que alguien de aquel tiempo permanezca mucho bajo el influjo de los grandes reflectores blancos de la actualidad. Cada viernes llegábamos con el cansancio de la semana a cuestras a prender un fuego y templar tam-

bores de candombe para tocar. No hablábamos de trabajo, ni pendientes. Era un espacio fuera del tiempo, haciendo fuego bajo un árbol caído, en las penumbras de esa parte de la ciudad.

A ese fuego compartido cada viernes venían distintas personas a sumarse, reuniones que a veces incluían a la policía, tener que correr de ella o intentar dialogar, explicar; o cuidarse de otros personajes. Nunca sentí peligro, aunque ello no sea un jardín de infantes, no estaba sola. Allí conocí la noche de la ciudad, sus matices. Después de todo, soy una pueblerina y jamás había dialogado con esos códigos hasta entonces.

Hoy el Parque está cercado, quizá, porque ganó la idea de que los lugares “seguros” son aquellos que tienen límites verticales al acceso. Me pregunto dónde se sucederán ahora los encuentros de aquellas noches, dónde las parejas encontrarán huecos a su cariños errantes, las personas sin rumbo un fuego que compartir, las y los trabajadores de la Feria un lugar donde trabajar, cuidándose entre todxs; generando redes alternativas a la regulación contemporánea del espacio y su higienismo brutal.